

nor y de su nombre, pusieronle una pluma en la mano y le obligaron á declarar que habiendo sido, como San Pablo, perseguidor incansable de la Iglesia, como San Pablo deseaba desquitarse de su culpa y prestarle á la Iglesia reverencia y acatamiento. En virtud de tal decision, desechaba los errores de Lutero y de Zuinglio, y admitia con verdadero entusiasmo los siete sacramentos de la Iglesia. El purgatorio, donde las culpas se lavan, los oficios fúnebres, donde los vivos se unen con los muertos, la invocacion de los santos, por cuya virtud cada uno de los fieles lleva un ángel de la guarda constantemente á su lado, la presencia real de Jesucristo que difunde algo del sér incomunicable y divino por nuestro mezquino sér, y la confesion y la extremauncion, que abren á los mas pecadores las puertas del Empíreo. Toda su vida fué borrada por aquellos actos de horrible debilidad. Dijo que habia engañado al Rey en lo del divorcio; dijo que habia desacatado al Papa en lo del anglicanismo; dijo que habia ofrecido un mal ejemplo al mundo bajo Eduardo VI con la extension dada porfiadamente á las nuevas creencias. A todos demandaba perdon y de todo se arrepentia en el tiempo y en la eternidad. Despues de esto, despues de humillacion tan baja é incalificable, creyó tener segura la vida.

No contaba con el natural sanguinario de María Tudor. La Iglesia, en su misericordia, podia perdonarle sus dobles abjuraciones, pero ella, como reina, en su justicia no podia perdonarle, no, el divorcio de su madre. Necesitaba el corazon despiadado de tal mujer el horrible desahogo de una pronta venganza. Cuando le dijeron que Crammer se habia convertido y le reclamaron su indulgencia, contestó que su conversion á nadie le valia tanto como á él, puesto que le procuraba un perdon del Rey de los cielos, á cuya presencia iba muy pronto á enviarlo ella misma. Ya puede imaginarse cuál seria el terror del arzobispo al ver malograda de esa suerte su debilidad, y perdida, sin esperanza de ninguna compensacion y de ningun rescate, su honra. Cuando le notificaron la terrible sentencia cayó á las plantas del despiadado fraile que la llevaba, y propuso, con fórmulas nuevas de abjuracion, nuevos imperdonables rebajamientos. Nada le valió. Cuando quiso volver sobre sí mismo é invalidar la nota de débil con que se habia marcado y habia marcado su nombre por toda una eternidad, solemne procesion apareció á la puerta de la cár-

cel en demanda de su vida. Efectivamente el cadalso estaba puesto en la plaza de Santa María. El doctor Cole predicó uno de aquellos sermones injuriosos á las víctimas ¡ay! mucho mas horribles que las llamas. En su furor dijo que la Iglesia protestante habia inmolado á un canciller, como Tomás Moro, y á un sacerdote, como el célebre Fischer. Que aquel habia tenido ya una compensacion de vida en la picota del duque de Northumberland, y que este iba en aquel instante á tener una compensacion tambien de vida en la hoguera del arzobispo Crammer. Espantosos momentos aquellos de los últimos estertores de un desgraciado que sacrificó la honra inútilmente, por salvar una vida triste y condenada muy de antemano sin remision al patíbulo. Atenaceado por sus remordimientos, como todos los débiles, sufría en aquel horrible momento el castigo de la debilidad, el menosprecio de sí mismo. No se volvía, no, en tamaño trance contra sus jueces y sus verdugos, se volvía contra sí propio. Así, al acercarse á la hoguera, como escuchase de labios del predicador grandes alabanzas á su conversion, inundáronse de lágrimas sus ojos, lágrimas que surcaban su cara escaldándola, y caian sobre su seno agitado de confusiones y enrojecido de vergüenza. Así no acertaba, no, á fijar en ninguna parte sus ojos. Si los elevaba en demanda de auxilio á los cielos, encontrábalos sordos á sus súplicas y airados por su culpa; si los volvía de algun modo á la historia, escuchaba una reconvencion terrible, á cuyos ecos se redoblaban sus remordimientos. Una sola cosa le salvó de mayor infamia, el celo fanático de sus perseguidores. Solicitado para que notificase al pueblo su abjuracion, diéronle los sayones la palabra, y supo aprovecharla para encarecer su perseverancia en la fe protestante. Todavía no acababa de decir esto, cuando le pusieron las manos aquellos hombres en la boca y lo arrastraron al patíbulo. Ardia ya la hoguera y Crammer metió en sus llamas, antes del resto de su cuerpo, la mano con que habia firmado el testimonio de su deshonor. Caido todo entero en las llamas, conocióse la extincion de su vida en la extincion de sus plegarias. A los sesenta y siete años de edad, cuando tan pocos le faltaban de vida, perdió por unos dias mas en el mundo toda una eternidad en la historia.

Tanta sangre no extinguía la sed inextinguible de la Reina. El terror reaccionario aumentaba en voracidad cuantas mas víctimas le iban entregan-

do. En Lóndres murieron por aquellos días en las llamas también dos mujeres, un sacerdote, un gentil-hombre y tres artesanos, por no ir á misa. Cuatro mujeres quemaron poco después en Canterburi por no confesarse. En todas las demás ciudades ardian las llamas con igual motivo. Y la crueldad de los de arriba redoblaba el enfurecimiento de los de abajo. En importante pueblo desollaron por entonces á un robusto y hermoso jóven. La causa de haberle infligido tan terrible pena estaba en el mismo terror sembrado por sus feroces verdugos. Parecido en su persona mucho á Eduardo VI, se habia hecho pasar por el difunto monarca, logrando que las gentes aterradas creyeran á una en tan milagrosa reaparicion. Partidas de gentes armadas por régios rescriptos recorrían todo el reino demostrando con sus correrías la general inseguridad y el general recelo. Todo el mundo creía en una próxima catástrofe. Ya se contaba que el conde Devonshire, emparentado con los reyes, venia desde Italia por donde á la sazón viajaba en son de pretendiente; ya se decía que la princesa Isabel, contando con el apoyo de los franceses, iba congregando sus partidarios y aperebiéndolos á una nueva guerra. El recelo de la Reina se dilataba en sus sospechas al palacio de su propia hermana, la cual vivía en completa cautividad y en triste destierro. A mayor abundamiento dábanle cada día una nueva pena por la persecucion y la muerte de sus mejores amigos. Los propios oficiales de su guardia fueron una noche sorprendidos en sus camas y colgados de improvisadas horcas. La cuchilla para los nobles, la soga para los humildes, la hoguera para los teólogos, hé ahí cuanto guardaba la triste autoridad de aquella reina que ha pasado á los siglos con el renombre de verdadera furia.

La triste ausencia de Felipe, amargó la vida de María, de suyo amarguísima. Sus facciones, ya incorrectas, se alteraron; su espíritu, ya conturbado, se exaltó; sus enfermedades, ya graves, se recrudecieron. Austera en su vida, purísima en sus costumbres, de todos los placeres alejada, no halló la Reina compensacion alguna en la soledad de su trono á la viudez de su alma. La supersticion tenaz y el horrible fanatismo crecieron á medida que crecían sus disgustos. Nosotros podemos verla todavía viva en el Museo de Madrid, gracias al pincel vivificante de Moro. Este gran retrato, expedido á Madrid en 1553, nos la presenta viva, y tal como era en aquel año. Un rico traje

adornado con los maravillosos encajes de Venecia; un cinturón de oro y perlería, que resalta sobre la veste de terciopelo morado; una diadema riquísima, que le cubre toda la cabeza; el clavel que lleva en las manos; las joyas que relucen al cuello, no bastan, no, á ocultar las arrugas profundas, la tristeza inmensa, la mirada siniestra, la sonrisa melancólica de aquel rostro enfermo, aunque de color algo subido, cuyo desagradable conjunto agrava un pelo, no rubio, rojo, y á pesar de sus fuertes toques, lacio y cuasi muerto. La melancolía propia de su abandono, la inclinaba de suyo á una languidez con la inaccion y la indiferencia confinante. Solo se despertaba su ánimo aletargado, cuando lo requerían y solicitaban las pasiones religiosas. Por este tiempo, tan triste para ella, ofrecía implacable á los disidentes el fuego de las hogueras, precursor del fuego de los infiernos, si no abjuraban en pública confesion de su disidencia religiosa. Algunos abjuraron; pero no pocos tuvieron la energía suficiente para proclamar su fe, hasta entre las llamas de su horrible suplicio. Un paralítico, un ciego, tres mujeres, seis artesanos perecieron, prefiriendo á la denigrante apostasía el martirio en los horribles quemaderos. Trece personas murieron en una misma hoguera, con alaridos tales, que paralizaron la sangre hasta en las venas de los espectadores mas valerosos y mas fanáticos. Cuéntase un caso bien terrible de la conocida isla de Guernesey. Una jóven, condenada por aquellos tribunales al fuego, sintió, en los momentos de llegar á la hoguera, los dolores del parto, y parió con toda felicidad una hermosa niña. Los malvados la recogieron un momento y la arrojaron, en seguida, con abominable crueldad, á las llamas, para que no vivieran ni la hereje ni el vástago de la hereje. Un compasivo soldado, que estaba de guardia en aquel sitio y que sintió estremecimiento de caridad en pro de aquellas infelices, porque quisiera evitar el suplicio de la recién nacida por modo tan extraño salvada, hallóse amenazado de muerte: que hasta la mayor virtud se vuelve crimen espantoso en estos horribles tiempos de persecucion y de fanatismo.

Alguna que otra vez compensábanse todos estos contratiempos con verdaderas ventajas. Por el invierno de 1555 un navegante inglés, llamado Chancellor, acababa con éxito favorable peligrosa expedicion por el Norte, Con los medios de hoy, con la perfeccion relativa de nuestros instrumentos

náuticos y con las potentes máquinas en el vientre de nuestros barcos encerradas, toda expedición por los mares boreales resulta erizada de peligros incalculables, como se atestigua con tantas y tan pavorosas catástrofes. ¡Cuánto más peligrosas no serían por aquellos tiempos difíciles de verdadera poquedad industrial, en que los barcos debían confiar sus viajes al capricho irresistible de los vientos, contra los cuales no había ninguna resistencia! Así el primer viaje de Chancellor y su feliz regreso, debió conmover mucho á una sociedad de navegantes como la laboriosa y audaz sociedad inglesa. Movida María por los impulsos del espíritu público, expidió cartas que autorizaban al feliz piloto para más empeñados viajes. En efecto, Chancellor subió por los mares del Norte, y entró por los ríos de Moscovia, dando con el jefe y señor de aquella vastísima comarca, ó sea, con el Czar Juan Basilovitch. Este mostróse muy satisfecho de la expedición, y diputó uno de sus principales gentiles-hombres para que anudara con la reina María relaciones políticas y relaciones mercantiles con el pueblo inglés. El embajador se fué con el navegante, pero, llegados uno y otro á Escocia, terrible tempestad los arrojó al mar, pereciendo este y salvándose aquel como por milagro. Un tratado convenido entre las dos potencias abrió relaciones mercantiles, hasta entonces desconocidas, y ensanchó verdaderamente la tierra de igual guisa que tantas y tantas invenciones como hallaban nuestros navegantes por las costas del Nuevo Mundo. Lo cierto es que los ingleses visitaron Moscou y Astrakan, recorrieron el mar Blanco y el mar Negro, atravesaron el Caspio, visitando muchos clanes de tártaros y reconociendo regiones del Asia, ó desconocidas ú olvidadas.

Pero bien puede decirse que tal obra pacífica fué la ventaja singular del proceloso reinado á que dió su nombre infeliz María de Inglaterra. Allende esto, solo se descubren persecuciones en el interior, derrotas en el exterior. Los hombres más ilustres de Inglaterra se veían obligados, ó bien á ocultar su idea, caso que trae siempre la decadencia intelectual, ó bien á emigrar al extranjero, caso que trae siempre la decadencia material de los pueblos. Para la infeliz y apasionada reina, en quien el amor había brotado con terribles irrupciones, á la madurez de su vida, no había más que un pensamiento, la triste ausencia del amado esposo. Y para mostrarle que procedía

como si estuviera presente y á su lado, fundaba monasterios con verdadero entusiasmo y perseguía herejes con verdadero ensañamiento. Pero el Papa, reinante á la sazón, aquel Carafa conocido con el nombre de Paulo IV, tan colérico, tan irritable, tan furioso, que se resintió por haber tomado María, sin su consentimiento, el título de soberana en Irlanda; enemigo de Fernando de Austria, enemigo de Carlos V de Alemania, enemigo de Felipe II de España, enemigo de todos los deudos más ó menos cercanos de la reina británica, denostaba la política inglesa y decidía la terrible guerra con Francia. En vano la pobre Tudor, viendo pagado su fanatismo con odio, perseguía los restos de la revolución religiosa hasta en la noche de los sepulcros y desenterraba los muertos; Paulo IV no se satisfacía con estos holocaustos religiosos y aspiraba, como todos los papas de su tiempo, á las victorias políticas. El mundo no podía menos de escandalizarse, al ver los esqueletos de ilustres doctores arrancados á la madre tierra y confundidos con sus libros en las llamas de las hogueras. Pero Paulo IV no se contentaba con tan poco y quería organizar el tribunal permanente de la fe al modo español, como un verdadero instrumento político. A nadie se dejaba en paz. Los que no mojaban sus dedos en el agua bendita, los que no comían el sacro pan de las ofrendas, los que no iban á la misa dominical, los que no comulgaban y confesaban en tiempo debido, veíanse acosados de una manera horrible por la sañuda persecución religiosa.

En Canterburi el 15 de febrero, por el año 1557, ardieron seis herejes entre las llamas de una misma hoguera; en Colchester perecieron diez; en Southwark tres; juez hubo que solo en dos días condenó catorce infelices á estas penas horribles. Algun católico pereció, solo por haberse hallado casualmente, y sin saberlo, en una reunión de protestantes. A los extranjeros mismos alcanzaba la persecución. El escocés Roug fué quemado por haber dicho que había visto pasear en no sabemos qué ciudad, un cardenal á caballo con su manceba en la grupa. Caidos ya, uno á uno, los jefes de la revolución religiosa, ensañábase la furia reaccionaria que ocupaba el trono de Inglaterra, en los fieles más oscuros y los perseguía hasta en el fondo de sus hogares por los recónditos pensamientos de sus conciencias.

La política exterior agravábase cada día más en estos críticos momentos;